

oro, aquellos hombres cuya memoria nos han guardado, no sólo los Sagrados Libros, sino también la historia de todos los pueblos. No habría en nosotros ni virtud ni moral posibles, si no hubiera entrado en nosotros la inclinación al mal, que considera Kant como algo natural, pero que por el honor del hombre considera de otro modo la doctrina cristiana.

Según esto, la mejor, la única Religión verdadera será la que predique la doctrina de los Cainitas que pretende que debemos manifestarnos agradecidos á la antigua serpiente por sus tentaciones, pues sólo ellas nos han permitido llegar al bien y á la virtud. Semejantes errores han enseñado en nuestros días Vatke, Daub y otros. ¿Qué entusiasmo pueden producir semejantes principios? ¿Para qué hacer esfuerzos para llegar al bien, supuesto que ni el que está mejor dotado tiene esperanzas de llegar á la paz interior, á la perfección, á pesar de todos sus sacrificios? En el fondo, estas ideas se reducen á «vencer el mal por el mal», esto es, á servirnos de una mala acción para reducir al silencio una mala inclinación que no es posible destruir de otro modo.

Y además, por otra parte, ¡vaya, que es exagerada la pretensión de aspirar á la perfección, á la santidad! ¡Ya no hay más perfectos que los que no tienen tentaciones que temer, ni aun siquiera les molesta el más ligero ataque de flaqueza! «¡Sólo aquél es bueno que, no sólo no quiere pecar, sino que no puede aunque quiera!»<sup>(1)</sup> Porque nadie cree en la posibilidad de llegar á ser perfecto, rechazan todos la religión cristiana sin tomarse el trabajo de examinarla. Enseña ella que todos sin excepción deben y pueden llegar á la perfección!...

Cierto, si no son santos sino los que no encuentran atractivo alguno en lo que sirve de alimento á su cuerpo, como quiere el budismo; si el que ha de ser perfecto, debe ser como se enseñaba en el Pórtico, sin emociones, sin opiniones y sin pasiones; si debe unir la ciencia á la virtud

(1) Séneca, *Liber de Moribus*, 140.

en grado más alto y no tener ni aun posibilidad de caer de modo que ni el mismo Júpiter pueda aventajarle en felicidad y en virtud; sea santo el que quiera; ¡para nosotros, pobres y débiles como somos, no hay santidad posible!

¿Y hay quien no conozca hasta donde llegan la intolerancia y la futilidad de afirmaciones semejantes? ¿Quién no comprenderá, según la clara expresión de un moderno, que «si pretenden tales hombres presentarse al mundo como moralistas, y hacerlo mejor que la Revelación divina, hablan de la santidad como hablan de colores los ciegos; y proponen un ideal cuya realización dejan para los penitentes y para los ascetas, mientras que ellos, semejantes á los fariseos, no los tocarían ni con el dedo?»<sup>(1)</sup>

Pues bien, hay una virtud. Más aún hay hombres verdadera y realmente virtuosos, que se han elevado sobre la esfera de la moralidad ordinaria, y que, teniendo un cuerpo de carne, han merecido el nombre de perfectos y de santos. No han nacido tales: como los más débiles, han experimentado tristes contradicciones; pero han manejado las armas con valor, y han combatido fielmente bajo la antigua divisa: «Si quieres la paz, prepárate para la guerra». Han experimentado también que cuanto más decisivo es el combate, más asegurada está la paz, y ya, en esta vida, gozan del fruto de sus trabajos; poseen el reposo del corazón y la paz del alma.

Para llegar allá, ninguno ha pensado en permanecer inactivo. Saben todos, por el contrario, que jamás, mientras vivan, pueden perder de vista el objeto de sus aspiraciones. Han encadenado sus pasiones, las han sometido; mas no han podido desarraigarlas: han triunfado del enemigo que llevan consigo, pero no han concluído con él; su victoria es humana; sin gran dificultad les están hoy sometidas sus emociones, pero á condición de dominarlas con justicia y con severidad; si por orgulloso desprecio descuidan su vigilancia, y si por provecho propio no se sirven

(1) Haym, *Arthur Schopenhauer*, 74.



de ellas para el bien, sentirán que esas emociones tienen todavía suficiente vida y suficiente fuerza para perderlos.

En todo estuvo aquí conforme con la verdad Juan Gottlieb Fichte, cuando dijo: «El ejercicio, la atención y la vigilancia deben pesar constantemente sobre nosotros mismos; nadie está seguro de su moralidad, sino con esfuerzos continuados; ninguno ha sido confirmado en el bien». <sup>(1)</sup> «Por eso, nadie aquí abajo debe pensar que puede echar á un lado, como algo superfluo, la circunspección y el imperio de sí mismo; en este sentido debe tomarse la exhortación del siguiente himno guerrero:

«Ni en bosque umbrío ni en llanura inmensa  
»Nadie suelte las armas; prontamente  
»Si en su camino encuentra un insolente  
»De ellas podrá hacer uso en su defensa». <sup>(2)</sup>

No deja de ser muy razonable y muy acertada la comparación de Strauss, cuando dice del cristiano perfecto que «es un ángel que, montado en una fiera domesticada, debe estar siempre vigilante, no sea que se acuerde la fiera de su ferocidad primitiva». Más se acercó á la verdad Clemente de Alejandría, comparándolo con los centauros, aquellos seres fabulosos que eran medio hombres, medio bestias. <sup>(3)</sup> En el lenguaje enérgico de Shakspeare, no dudó la Edad Media en llamar á los hombres «animales cubiertos con pieles de hombres». <sup>(4)</sup> Sin temor de deshonorarse, dijo un poeta de aquella época: «Con piel de hombre, soy á la vez hombre y animal. <sup>(5)</sup> En efecto, el hombre es un ser doble. Sacado del seno de la tierra, jamás pierde su parte sensible el sentimiento de la tierra, mientras que, venido de lo alto su espíritu, allá dirige constantemente sus esfuerzos. Pero encadenado al cuerpo en forma inseparable para formar con él una sola personalidad, no puede

(1) J. G. Fichte, *System der Sittenlehre*, 1789, 3. Hptst. 1. Absch. § 16, IV, p. 254.

(2) Hávamál 37.

(3) Clemente de Alejandría, *Strom.*, 4, 3, 9.

(4) Marner (Hagen, *Minnesinger* II, 243).

(5) Meiszner, 19, 2, 1.

éste prescindir de la tarea que le incumbe en virtud de su más elevada dignidad y de su fuerza más prodigiosa: debe ennoblecer y dirigir á la parte más débil, teniendo en cuenta sus necesidades y su flaqueza.

**10. Los Santos fueron hombres.**—Lo han comprendido perfectamente bien los Santos: es verdad que el mundo se ha formado de ellos las más extrañas ideas. Como si fueran realizaciones vivientes de la prudencia estoica, todo les parece poco, para hacer resaltar su insensibilidad ante el bien y el mal del prójimo, su desprecio para sus debilidades, su inhumana crueldad con los que están en error, su frialdad para con los que les están unidos por los lazos de la sangre. ¡Qué preocupaciones! Ese Santo que juzgáis de esa manera, ha combatido duramente un año entero, recibiendo innumerables heridas, y sucumbiendo millares de veces antes de triunfar con su constancia; ha conocido la debilidad de la naturaleza humana mejor que vosotros acaso, á pesar de toda vuestra condescendencia para con ella; y nadie sabe mejor que él que ese reposo del alma, que tan caro le cuesta, no es insensibilidad humana. Tan santo como es, no es sino el mismo que luchaba para llegar á la perfección, esto es, hombre, pero hombre de sinceras convicciones respeto de su propia fragilidad. Tiene los mismos sentimientos de los demás; siente el dolor, busca con ardor el descanso, se entristece cuando sufre su alma. Lloro con los que lloran; se regocija con los que se alegran; juega con los niños, conduélese del prójimo que sufre; y hasta le impresiona el dolor de los animales. <sup>(1)</sup>

En cuanto á los más nobles movimientos del corazón humano, tengo seguridad de que no ha habido corazón tan sensible que haya aventajado á los Santos en delicadeza y en pureza de amor. En una palabra, aunque se nos rían, diremos que nuestros Santos creyeron que se honraban grandemente confesando con franqueza y diciendo: «Ho-

(1) S. Buenaventura, *V. S. Francisci*, 8, 100.—Barnabæus, *V. S. Philippi Neri*, 19, 255.



mo sum». Cada uno de ellos nos dice como Eliu á Job. «Dios me ha hecho como á ti, del mismo barro. <sup>(1)</sup> Si he llegado á ser mejor que tú, no nací mejor que tú; mi natural no era mejor que el tuyo, pero lo corregí con perseverancia. No tenía la paz que tú tienes, pero llegué á obtenerla, desplegando en la lucha todo mi valor. No fueron menos numerosos que los tuyos los peligros que yo corrí, pero los evité, gracias á una gran prudencia. Tienes lo que yo tenía, y puedes lo que puedo yo. Ninguno hemos nacido en la paz, sino para la paz, que ha de ser el premio del combate contra nosotros mismos.

(1) Job. XXXIII, 6.

## APÉNDICE I

### EXPOSICIÓN FILOSÓFICO-TEOLÓGICA DE LA DOCTRINA DE LOS AFECTOS Y PASIONES

Entre los muchos falsos juicios que se han formado á causa de la ignorancia de la literatura cristiana, se encuentra esta acusación: «La antigua doctrina cristiana despreció siempre, ú omitió completamente, el estudio de las pasiones, tan importante para el conocimiento del hombre y de su moralidad».

El autor de acusación tal, es Bacón. <sup>(1)</sup> Y añade Descartes, que es tan insignificante la doctrina expuesta por el Cristianismo en este asunto, que no vale la pena prestarle atención. <sup>(2)</sup> Y sin embargo, la doctrina de Descartes, celebrada por Kuno Fischer como completamente nueva <sup>(3)</sup> y según la cual se explican los afectos por la unión del alma con el cuerpo, no es otra que la vieja teoría profesada por el Cristianismo.

Cierto que si, como Descartes, parte uno del principio de que el más propio para filosofar es el que menos conoce lo que hasta él ha enseñado la filosofía, <sup>(4)</sup> no se le puede exigir que conozca la gran importancia que han dado los Padres á las pasiones en interés de la perfección moral, y con cuanta frecuencia han hablado de ellas. <sup>(5)</sup> En Santo Tomás de Aquino forma este tratado, que no tiene seme-

(1) K. Fischer, *Francis Bacon*, (2), 1875, 389.

(2) K. Fischer, *Gesch. der neuern Philos.*, I, I, 419.

(3) K. Fischer, *id.*, *id.*, I, I, 4, 35.

(4) S. Schneid, *Aristoteles in der Scholastik.*, 1875, 2, y sig. 118.

(5) Atenágoras. *De resurrectione mortuorum*, c. 21.—Basil., *De ira*, n. 5 6.—Lactant., *Ira Dei*, 18, instit., 1, 19.—Cassian., *Cenob. inst.*, 7, 3, 8, 6.—Isidor. Pelus., 1, 2, ép. 237.—Augustin., *Civit. Dei*, 9, c. 4.